

rosidad y prudencia. Agesilas tuvo que renunciar á sus inmensos proyectos de conquista en el Asia, volvió á Europa por la Thracia y la Macedonia y obtuvo en Koroneia, en Beocia, una victoria tan caramente comprada, que apénas sí merece el nombre de tal; cubierto de heridas se hizo transportar á Delfos; ese mismo mes se había dado una batalla junto á Corinto, en que tuvieron los lacedemonios la mejor parte, sin ser decisiva, y la batalla naval de Knidos de que ántes hablamos, (Julio-Agosto de 394). La victoria de Konon permitió á los atenienses la reconstrucción de sus *largos muros* en tanto que la lucha en el Peloponeso, de Esparta contra Corinto y Argos, continuaba, y las ventajas obtenidas casi siempre por los lacedemonios sólo pudieron ser compensadas con los atrevidos movimientos del ateniense Ifikrates.

Los acontecimientos en Asia tomaban, entretanto, un giro interesante. Los espartanos habían enviado como Embajador, cerca del sucesor de Tisafernes, á Antalkidas, que supo ganarse el favor del sátrapa á tal grado, que éste se apoderó de Konon, enviado de Atenas, y á poco le hizo perecer. Con todo, la corte de Susa no deponía su odio contra Esparta; una flota persa batió al general espartano Timbron; Trasibulos, guiando á la flota ateniense, obtuvo, por entónces, serias ventajas en el Helesponto y en Lesbos, pero fué asesinado cerca de Aspendos en Panfilia. Ifikrates, y Cábricas, generales de Atenas, continúan las series de triunfos marítimos de su patria, desgraciadamente interrumpidos por la sorpresa del Peirens y las ventajas en el Helesponto de Antalkidas, que había ya obtenido para Esparta el favor del Gran Rey. La mala situación de Atenas hacía general el despo de la paz, cuyas condiciones conocieron los griegos en Sárdes, y que luego, apesar de la oposición de Tébas, fueron aceptadas en Esparta. Esta fué la paz de Antalkidas.

Después de una serie de atentados contra la patria, después de solicitar frecuentemente desde el principio de la guerra del Peloponeso, la ayuda de la Persia contra los otros griegos, los espartanos llegaban al término de su política: la paz de Antalkidas, en que las dos partes contratantes, Persia y Esparta, tenían casi todas las ventajas; se impuso á la Grecia la voluntad del Gran Rey, y Esparta se declaró su ejecutora; esto equivalía á prestar la famosa fórmula de sumisión de *dar la tierra y el agua*, ultraje que tuvo por respuesta en tiempos mejores, Marathon y Salamina. El rey de Persia permitía ahora la autonomía de las ciudades griegas, decía que islas debían quedar en poder de Atenas, guardaba su soberanía en la Grecia Asiática, y ordenaba la paz á los helenos como un amo á sus vasallos. La revancha de los persas era completa.

Esparta no cumplió la paz en lo que se refería á la autonomía de las ciudades: el gran déspota desde luego comenzó las hostilidades contra Corinto y Tébas, mientras Atenas auxiliada, permanecía como simple espectadora en la lucha que sostenía con la Persia su aliado Evagoras en Kypros, que después de una larga campaña y celebrada ya la paz, fué asesinado.

Esparta era, en realidad, dueña de Corinto y del Istmo; en Beocia organizó oligarquías adversas á Tébas, entre ellas, la que estableció en Platea, con objeto de renovar el histórico odio que, con motivo de esta ciudad, existió siempre entre tebanos y atenienses y á Mantinea obligada á rendirse, la desmembró y la privó de defensa. En la península Calcídica, la ciudad de Olynthos llegaba entónces á una gran preponderancia, gracias á Amyntas, rey de Macedonia, que le dió una gran parte de la costa. Olynthos quiso establecer una confederación; algunas ciudades se resistieron y llamaron á Esparta en su auxilio, parten los lacedemonios y, al pasar por la Beocia, Fœbidas, que manda-

ba la retaguardia, en composición con los filo-espartanos de Tébas y ayudado por el polemarcha Leonciades, sorprende la ciudadela, la Kadmeia, y se apodera de ella, mientras los jefes del partido vencido, entre los que iba Pelópidas, se refugian en Atenas. Esparta condenó á Fœbidas á una fuerte multa, pero no devolvió la Kadmeia. Sus ejércitos, entre tanto, proseguían con vigor la campaña contra Olynthos, los habitantes de esta ciudad hicieron una valerosa defensa que ocasionó serios reveses á los espartanos, pero éstos vencieron por fin la resistencia, y Olynthos cayó en manos del general lacedemonio Polibiades, el año de 379, (en las fechas de este período seguimos á Clinton). Flionte, ciudad situada en la entrada de la Acaya, se rindió ese mismo año á los espartanos, después de veinte meses de sitio. Con la paz de Anthalkidas, Esparta había entregado maniatada la Grecia á los persas; con la ruina de Olynthos, allanó el camino á los invasores de la Macedonia; nada ha sido más funesto á la libertad helénica, que la ciudad de Likurgo.

Los tiranos que bajo la protección de los espartanos oprimían á Tébas, hicieron fácil á los proscritos compañeros de Pelópidas la vuelta á la patria y la ruina de la opresión. Logrado esto, gracias á una conspiración hábilmente dirigida, Pelópidas y Epaminondas, soldado y filósofo á un tiempo, á quien su pobre oscuridad libró del destierro, tomaron el nombre de beotarcas, lo que indicaba que pensaban rehacer la antigua confederación de la Beocia. Después de algún tiempo y estando ya en su poder la Kadmeia y contando con la alianza de Atenas, emprendieron la lucha contra Esparta, mientras Atenas rehacía laboriosamente la confederación marítima en las islas del Egeo, empleando en esta empresa á sus mejores generales como Cabrias, Timotheos, Kallistratos y hasta el bravo Ifakrates, cuyo matrimonio con

una hija del rey de Thracia le proporcionó la ocasión de servir á su país. Agesilas penetró en Beocia con un ejército, sin lograr ni esta vez, ni en una segunda invasión, resultado alguno favorable; Kleombrotos le sucedió en el mando y se retiró también, por la misma época en que Cabrias derrotaba la flota espartana en las cercanías de la isla de Náxos; Pelópidas los vence también en Tegyra y los arroja de la Beocia, en donde sólo conservan á Orchomenos. Algun tiempo después, y en seguida de una paz efímera con Atenas, los lacedemonios sufren un fuerte descalabro en Korkyra, y el almirante ateniense Ifikrates se apodera de las naves que Dyonisio de Siracusa enviaba en auxilio de Esparta. Luego de este acontecimiento cesó la alianza entre Tébas y Atenas, que veía con profunda envidia el engrandecimiento de la ciudad beocia. La ocupación de Platea por los tebanos fué la causa determinante de la paz tratada con Esparta; todas las ciudades griegas fueron invitadas á ella; pero Tébas se empeñaba en tratar como representante de toda la Beocia, por lo que fué excluida del tratado. Kleombrotos deja la Fokis, penetra en Beocia y acampa en Leuktra donde es completamente batido y muerto por Pelópidas y Epaminondas; la noticia fué recibida en Esparta con el estoicismo heroico que caracterizaba á aquel pueblo; pero no podía hacerse ilusiones, su supremacía militar había caído para siempre y después de Leuktra, las ciudades griegas que obedecían á los harmostas espartanos comenzaron á expulsarlos atrevidamente. Uno de los resultados de los anteriores acontecimientos fué la independencia de Tegea, la restauración de Mantinea y la tentativa de los arkadios de formar en torno de estas dos ciudades su confederación. Los espartanos quisieron combatirla; los arkadios llamaron á los thebanos en su auxilio y Epaminondas penetró en el Peloponeso. No sin repugnancia invadió la La-

konia, pasó el Eurotas y apareció, cosa inaudita en los anales griegos, en las orillas de Esparta. No osó, sin embargo, asaltarla, apesar de ser una ciudad abierta y de contar con los ilotas y los periekos y volvió á la Arkadia. Antes de regresar á Tébas fundó á Megalopolis en Arkadia, y resucitó á Mesenas, en la falda del monte Ithomé, llamando á poblarla á los descendientes de los antiguos vencidos de Esparta, á los ilotas y periekos. Esta quedaba así con un puñal clavado en el costado, ha dicho un historiador.

Toda la Grecia se halla en conflagración. En el Peloponeso luchan los arkadios y sus amigos contra atenienses y espartanos; al Norte, Pelópidas abre una campaña en Thesalia para contener las pretensiones cada vez mayores de los reyes de aquellas comarcas. Va en seguida el general tebano á la corte de Susa, de la que obtiene un rescripto confirmando la hegemonía de Tébas en Grecia; pero la resistencia de algunas ciudades á reconocerla echa el proyecto por tierra. Pelópidas es, poco despues, hecho prisionero por Alejandro de Péres en Thesalia, y libertado por Epaminondas en virtud de una tregua; pero la guerra se enciende de nuevo y los tebanos logran la sumisión de Alejandro, aunque pierden en medio de la victoria á Pelópidas, y la expedición marítima dirigida por Epaminondas no tiene para ellos consecuencia alguna favorable. El estado del Peloponeso, en donde había llegado la lucha al grado de ensangrentar la arena de los juegos olímpicos, reclamaba su presencia. No pudo tomar á Esparta, y su caballería, atacada por los atenienses en Mantinea llegó á verse tan seriamente comprometida, que el general tebano en un acto de desesperación, segun dice Xenofonte, se decidió á librar una batalla general. La victoria quedó por él, aunque no fué decisiva por cierto; en ella perdió el héroe la vida (362). Epaminondas era venerado en la antigüedad como

un modelo de civismo y de virtud; la ciudad que aprovechó en realidad de la lucha entre Esparta y Tébas, fué Aténas, que llegó por entónces al apogeo de su segundo imperio marítimo por la readquisición del Quersoneso, y que aprovechando una formidable rebelión contra el rey de Persia, pudo enviar en auxilio de los egipcios á Cabrias, miéntras los espartanos enviaban á Agesilas. Con todo, el dominio de Aténas era efímero; en realidad, la vitalidad de la Grecia estaba ya agotada en las contiendas intestinas, y nunca había estado tan desunida y tan débil. Entónces precisamente, (359), Filipo sucede á su hermano Perdikkas en el trono de Macedonia.

FILIPPO.—El nuevo rey de Macedonia era hombre de grandes disposiciones militares y de un instinto político sorprendente; era, segun una frase popular entre los griegos sus contemporáneos, león y raposa á un tiempo; durante su permanencia en Tébas, donde lo tuvo en rehenes Pelópidas, estudió profundamente el arte de hacer soldados y de preparar victorias con Epaminondas y sus compañeros, observó la incurable división de las ciudades griegas y se aprestó á todo. De vuelta de Thébas, su hermano Perdikkas que reinaba en Macedonia, le dió el mando de una Provincia á ruegos de Platon, segun se dice; á la muerte de su hermano tomó posesión del gobierno, primero como tutor de su sobrino Amyntas, hasta que cediendo á las instancias de sus partidarios se declaró rey. Al principio de su reinado, despues de una corta lucha con Aténas, que acabó con un tratado de paz, evacuó la ciudad de Anfipolis, cuya ocupación formal descuidaron torpemente los atenienses, y se dedicó á consolidar su poder y á preparar á la Macedonia á las luchas que entreveía en el porvenir, como se prepara un ejército para el combate.

Los atenienses, entre tanto, batallaban con los tebanos en Eubea, se apoderaban

del Quersoneso de Thracia y hacían frente á la rebelión de Quios, Kos, Rhodas y Bizancion; emprendiendo la que se llamó guerra social. Cabrias, uno de sus mejores generales, pereció en una batalla en Quios, y las operaciones en el Helesponto fueron desgraciadas para Aténas, gracias á las querellas que se suscitaron entre Timotheos, Ifikrates y Cares. Acusados por éste los otros dos, tiene el primero que marchar al destierro, y el segundo se retira de la vida pública, con lo que perdió la ciudad á dos de sus mejores generales. Por fin, la guerra social concluye con un tratado por el que Aténas reconoció con extremo menoscabo de su poder, la autonomía completa de las ciudades rebeldes (355).

Filippo, cuando estos acontecimientos tuvieron lugar, ya suficientemente preparado, había vuelto á la acción; se apoderó de Anfipolis abandonada por Aténas, y en lugar de devolverla como había prometido, la fortifica y establece en ella un baluarte para la Macedonia, que al mismo tiempo que era la mejor estación marítima en Thracia, abría al ambicioso rey todo el país al Este del Strymon y en particular, la región aurífera vecina al monte Pangeos, que estaba resuelto á explotar como lo demostró la fundación de Filippi (358-357). A la conquista de Anfipolis siguió la de Pydna y de Potidea, que fué cedida á los olyntios, acrecentando más y más su poder, gracias á la negligencia de sus adversarios. Por esta época nació de Filippo y de una princesa epirota, Olympias, Alejandro, que debía sobrellamarse el Grande (356). Con motivo del nacimiento de Alejandro hablan los historiadores de cierta carta dirigida á Aristóteles por el rey de Macedonia, carta que es evidentemente apócrifa.

No contento el astuto guerrero con estos triunfos, en 353 se apoderó de Methone, última posesión de Aténas en la costa macedónica y penetró en Thesalia, donde

tomó parte en la lucha que sostenían los Aleuades de Larissa contra Lykofron que llamó en su auxilio al focense Onomarcos. Para conocer la importancia de este individuo necesitamos volver rápidamente hacia atrás. En el año 357, ántes de J. C., Tébas había acusado en la Asamblea anfictiónica, como culpables de haber usurpado terrenos pertenecientes al templo de Delfos, á los fokenses; este era el pretexto, lo que en realidad quería Thébas era destruir á sus viejos enemigos. La asamblea condenó á los fokenses á pagar una multa que no podían pagar y que determinó su sublevación. Empezaron por apoderarse del templo de Delfos; acudidos por Filomelos y ayudados por los espartanos, vencieron á los lokrios, fortificaron el templo y buscaron la alianza de algunas ciudades de la Grecia. Durante los primeros tiempos la lucha les fué favorable, gracias sobre todo, al sólido cuerpo de mercenarios que Filomelos había tomado á su servicio. Cuando temieron ser vencidos por la confederación de Thébas y sus aliados que predicaban la guerra santa, empezaron el despojo del templo. Vencido, por fin, Filomelos, su sucesor Onomarcos empezó á desplegar una gran ferocidad y siguió el pillaje del tesoro de Delfos en grande escala. Este caudillo, despues de algunos encuentros que le fueron favorables, ocupaba el desfiladero de las Termópilas cuando le llamó Likofron en su ayuda. Onomarcos venció á Filippo en Thesalia, y entónces llegó á su apogeo el poder de los fokenses en la Beocia entera; pero rehecho el macedonio, volvió á Thesalia y logró vencer á Onomarcos en un combate en que pereció el fokense, expulsó á Likofron, se apoderó de la Thesalia y marchó sobre las Termópilas.

El peligro para la Grecia era inmenso; Aténas proveyó á él. Poco ántes había aparecido en las asambleas públicas del Pnyx, un joven orador, de una distinguida familia, que había logrado á fuerza de ta-

lento salvar de la ruina parte de su patrimonio, que había caído en poder de rapaces administradores y que á fuerza de ejercicio y de constancia, había vencido los obstáculos físicos que se oponían como insuperable barrera al desarrollo de sus talentos oratorios. Se llamaba Demóstenes y fué, dice Grote, el más bello ornamento de la Grecia en su decadencia. Había empezado Demóstenes por ser logógrafo ó compositor de discursos para otros, ejercicio análogo al de los sofistas; era discípulo de Iseo, y había asistido á las pláticas filosóficas de Platon; sus discursos no sólo se recomiendan por la elocuencia, sino sobre todo, por la parte profundamente práctica de sus consejos, semejantes á los de Pericles á quien había estudiado con inmensa asiduidad en Thucydides. Frente á Demóstenes, generalmente sosteniendo con el rudo peso de su experiencia una opinion contraria á la del gran tribuno, se distinguía Fokion, que pertenecía al partido de la paz, á pesar de ser un antiguo militar, reelecto más de cincuenta veces para el cargo de estratego y que nunca había hecho ni hizo nada extraordinario, se condujo siempre con bravura y se distinguió por una probidad á toda prueba. La influencia de Fokion que predominaba entre el pueblo de Atenas, acostumbrado á vivir en la comodidad y que repugnaba todo esfuerzo personal para luchar, que era lo que Demóstenes pedía con un civismo superior á todo encomio, fué fatal á la libertad helénica, porque fomentó la pusilanimidad pública en momentos en que Atenas habían podido poner á raya la potencia naciente de Filippo.

Aunque el discurso conocido con el nombre de *primera filípica*, fué posterior á la tentativa del rey de Macedonia sobre las Termópilas, es de creerse que Demóstenes que ya se había distinguido como orador público, tomase parte en la enérgica decision de los atenienses que con un valor digno de los tiempos de la guerra

del Peloponeso, al conocer los intentos de Filippo dirijieron un cuerpo compuesto de ciudadanos de las altas clases; en su mayor parte, al desfiladero de las Termópilas, paralizando el movimiento de Filippo, que volvió sobre sus pasos.

Mientras el astuto conquistador aplazaba la sumision de la Grecia, procurando aumentar su poder al Norte, se registran algunos hechos de importancia en el mundo helénico. En primer lugar, los fokenses seguían concitándose la animadversión del mundo helénico, por la nueva espoliación del templo de Delfos, y por el escandaloso empleo que daban al fruto de sus rapiñas; los espartanos habían intentado apoderarse de Megalopolis, pero los arkadios se habían defendido con auxilio de los tebanos y la tentativa de Esparta había terminado en un tratado de paz en que se reconocía de nuevo la autonomía de la ciudad fundada bajo los auspicios de Epaminondas.

Entre tanto, Filippo llevaba la guerra y la intriga á Thracia y sus escuadras de corsarios, teniendo por foco al golfo de Pagaso, hacían cada vez más difícil el comercio de Atenas; sin embargo, sólo cuando en Atenas supieron que el macedonio sitiaba la plaza de Hereon, muy cercana al Quersoneso, se decidieron á armar una flota, pero antes de que esto sucediera se tuvo la noticia falsa de la muerte de Filippo, y toda la actividad se relajó. Por entonces llegó á su apogeo el renombre del célebre jefe de mercenarios Caridemos, una especie de *condottieri*, como los de Italia en la Edad-media, de quien se decía que era capaz de destruir el poder de Filippo. En realidad, el espíritu militar y cívico de los griegos había decaído tanto, que los mercenarios habían tomado un incremento increíble, y como estos servían al que les pagaba mejor. El sentimiento patriótico que un día animara á los soldados helenos, había muerto. A Kyros el joven, había costado gran trabajo reunir

sus diez mil griegos mercenarios para atacar á su hermano, ahora se contaban por millares al servicio del rey de Persia, de los sátrapas, de los últimos faraones egipcios, de los fokenses, etc. Por el contrario, el ejército de Filippo compuesto de macedonios en su mayor parte, tenía sobre los mercenarios la inmensa ventaja moral del honor y del patriotismo, fuera de sus aptitudes guerreras y de la superioridad que debía á las grandes reformas militares introducidas por Filippo, como los guardias del rey, los cuerpos de lanceros, (*sarissosforos*), y la falanje, (1) que aunque sólo propia para luchar en un terreno poco accidentado, como lo conocieron los romanos, estaba admirablemente preparada para batir á los hoplitas griegos.

Por los años de 352 á 351, antes de J. C., pronunció Demóstenes su primera filípica, llena de exhortaciones patrióticas y de prevision política, que raya en profetismo; pero los athenienses no le hicieron caso. Á poco, en el año de 350, los de Olyntho, amagados por Filippo, celebraron la paz con Atenas y pidieron auxilio; Demóstenes apoyó la demanda, (primera olímpica, que es la segunda de las ediciones modernas); los athenienses enviaron auxilios y obtuvieron algunas ventajas sobre Filippo. Por desgracia, en ese tiempo estalló una insurreccion en Eubea, en donde las intrigas de Filippo se dieron libre curso. Fokion, á pesar de la traicion de Plutarko de Eretria, obtuvo una victoria en Tamine, á la que asistió Esquines; Demóstenes, insultado y maltratado por los amigos de Fokion, y tachado de cobarde por no haber asistido á la batalla, fué á servir, poco despues, como hoplita en la isla. Por fin,

(1) La principal de estas reformas, consistió en la organizacion de la falanje que se componía de varias líneas de soldados. Las primeras estaban armadas de *sarissas* ó picas larguísimas, que sobresalían algunos metros del frente de la falanje. Las líneas de soldados que no podían hacer sobresalir las picas por el frente, las apoyaban en los hombros de los que tenían delante, formando así una especie de inmenso escudo contra las saetas.

á pesar de los esfuerzos de Athenas, que estuvo á punto de gastar en la guerra hasta los recursos destinados á las ceremonias religiosas, (el fondo *theórico*), Filippo se apoderó de Olynthos, capturando una gran cantidad de atenienses.

Mientras Esquines tronaba contra Filippo en Athenas, embargada por el terror y deseando la paz, los tebanos pidieron auxilio al rey de Macedonia, para terminar la guerra sagrada contra los fokenses. Alarmados los de Atenas, enviaron una embajada á Filippo, de la que hicieron parte Esquines y Demóstenes. Cuando la embajada volvió, los enviados de Filippo estuvieron presentes. Se discutió la paz, que al fin fué jurada, quedando los fokenses excluidos de ella. Una nueva embajada partió para hacérsela jurar á Filippo, aunque con una lentitud tan calculada, que cuando encontró al rey, la conquista de la Thracia estaba ya terminada, y el ejército macedonio marchaba sobre las Thermópilas. Esquines, que había ido con Demóstenes en la embajada, y que estaba ya completamente vendido á Filippo, se valió de su elocuencia enérgica y pintoresca para embaucar al pueblo, haciéndole creer que el conquistador quería destruir á Tebas, la tradicional enemiga de Atenas. Pero el desconcierto fué grande, cuando se supo que el jefe fokense Falekos, desesperado de ser auxiliado por Atenas, había entregado las Thermópilas á Filippo, y que éste se manifestaba en extremo favorable á los tebanos. Las ciudades de la Fokide se entregaron á discrecion al vencedor, que celebró espléndidamente su triunfo, mientras la asamblea anfictiónica le admitía en su seno, en lugar de los vencidos, y le encargaba de presidir los juegos *pytios* del año de 346, antes de J. C.

Atenas tuvo que soportar la paz vergonzosa que la improbidad y la perfidia de Esquines y sus correligionarios le habían impuesto; pero era aquella una paz

forzada y precaria. Ella era la señal de que el panhelenismo libre había concluido, como lo probaba la carta del anciano Isócrates, que ántes había recomendado la union con los griegos para combatir á la Persia, y que ahora indicaba el mismo objeto á Filippo como caudillo del mundo helénico. Por fin una serie de hostilidades más ó ménos descaradas, estallaron entre Filippo y Atenas. El rey quería apoderarse de las costas del Helesponto y de la Propóntide; pero como Atenas y en general las islas y la Grecia entera, recibían por ese camino los trigos de los ricos litorales del Euxino, estaban resueltos á defender á cualquier precio la comarca codiciada por Filippo. Demóstenes vigilaba; sus terribles discursos contra el enemigo de la libertad helénica, resonaban en el Pnyx: por sus consejos se envió una expedición á Eubea, que se consiguió desprender de Filippo, y marchó personalmente al Quersoneso y á Bizancion para animar á esta última contra el adversario común. Filippo atacó á Perinthos y luego á Bizancion aunque sin éxito ninguno, porque las escuadras de Atenas y de las islas la socorrieron á tiempo. Filippo contrariado, se propuso disolver esta alianza de Bizancion y las islas con Atenas, y lo consiguió haciendo la paz por separado con ellas, mientras él y Atenas, en donde Demóstenes reformaba con gran talento y decision la marina militar, se declaraban la guerra.

En la asamblea anfictiónica del año de 339 ántes de J. C., los lokrios de Anfisa hicieron una acusacion contra Atenas; para contestar á ella Esquines les apostrofó con tanta animacion y vehemencia, hizo patente con tan enérgica elocuencia el sacrilegio de los lokrios que ocupaban el puerto de Kirrha violando la sentencia pronunciada en otro tiempo por los anfictiones, (v. pag. 126), que provocó un tumulto espantoso, los concurrentes y los habitantes de Delfos se precipitaron sobre

la ciudad sacrilega, la saquearon, luego fueron expulsados por los lokrios, y se abrió así una guerra sagrada. ¡Ay! era una guerra contra la libertad, su último acto iba á ser Queronea! Esquines estaba condenado á ser fatal á su patria.

Los anfictiones invocaron el auxilio de Filippo que penetró en armas en la Grecia. Demóstenes demostró en aquellos solemnes momentos su actividad y su genio patriótico. Gracias á una proposicion generosa, logró con gran sorpresa de Filippo, la alianza de Tébas y fué el director de las dos ciudades, tomando parte en el gobierno de ambas mientras se preparaba la campaña. Los primeros episodios fueron favorables á los griegos, lo que causó en Atenas tal entusiasmo por Demóstenes, que se le decretó una corona de oro, decreto que en tiempos posteriores ha proporcionado á la historia de la elocuencia, dos de sus mejores joyas, los discursos de Esquines y Demóstenes, *de corona*. Pero llegó el mes de Agosto de 338, y los ejércitos beligerantes se encontraron en Queronea. Alejandro, el futuro conquistador del Asia, mandaba una de las alas del ejército de su padre; la victoria fué completa; los athenienses y los thebanos lo perdieron todo; pero mientras los primeros, que conservaban intacta su escuadra, se preparaban á hacer una enérgica resistencia, los segundos eran tratados con cruel dureza por el vencedor. Atenas, por el contrario, obtuvo una paz bastante dulce. Filippo se dirigió al Peloponeso, invadió la Lakonia, y convocó un congreso panhelénico en Corinto. Allí se decidió la guerra con la Persia, y Attalos y Parmenion pasaron el Helesponto y empezaron las hostilidades en el Asia Menor. La Grecia tenía un rey.

De vuelta á la Macedonia, y en medio de sus más espléndidos triunfos, Filippo fué asesinado, á instigacion de Olimpias, la madre de Alejandro, que había sido repudiada por su esposo.

ALEJANDRO MAGNO.—Un jóven salvaje de indómita naturaleza, cubierta con el ropaje brillante de una cultura refinada, con la que nunca se identificó espontáneamente su espíritu; hecho para dominar caballos bravíos y esclavizar pueblos bárbaros, capaz de comprender á su maestro Aristóteles y de sentir á su poeta Homero; impetuoso hasta poderse simbolizar su historia por el paso de un bólido que nace en la noche, incendia la atmosfera y desaparece trazando una inmensa curva de fuego; cruel hasta paladear la sangre y el martirio; generoso hasta elevarse sobre las nociones del derecho de la guerra en su tiempo, tal era Alejandro, el hijo del terrible Filippo y de la feroz Olimpias. En otra época y entre otros hombres habría sido un Alarico ó un Djinghiz-Khan; venido al mundo en los dias más espléndidos de la cultura helénica, se comprendió su representante, y marchó á abrir nuevos horizontes á la luz que venía de Atenas; pero incapaz de mantener equilibrio alguno en su grande alma salvaje, traspasó los límites de la ambicion humana y sentándose en el trono de un Júpiter bárbaro, (Zeus-Ammon), se creyó un dios y se hizo adorar por el mundo que había conquistado.

Alejandro una vez que se hubo apoderado del trono de su padre, pues al tiempo de morir Filippo, estaba separado de Olimpias y de su hijo, y era bastante incierta la herencia del discípulo de Aristóteles, hizo dar muerte como un rey oriental, al asesino de su padre, á la que era su esposa actual, á su pequeño hijo, á Attalos el autor de todos aquellos disgustos domésticos, y empezó á reinar. Para hacer abortar todo movimiento insurreccional en Grecia, marchó al Atica y recibió la sumision de Atenas, reunió un congreso en Corinto, al que rehusó concurrir Esparta y se hizo declarar general de los helenos. Sin embargo los abusos de los oficiales macedonios, mantenian cierta

efervescencia en algunas ciudades griegas y Demóstenes sostenía con los persas una correspondencia y recibía de ellos subsidios con el objeto de suscitar una guerra á Alejandro, en Grecia. El hijo de Filippo, entre tanto, había vuelto al N.; forzó el paso del Hemus (Balkanes) venció á los tribalos, atravesó el Ister, sin puente y frente al enemigo, venció á los Getas y volviendo sobre sus pasos, recibió en Thracia una embajada de los Galos. Esta campaña tenía por objeto amedrentar aquellas poblaciones salvajes para que permanecieran quietas durante la campaña que iba á abrir en el Asia; con el mismo objeto marchó á las comarcas ilirias en donde obtuvo no sin grandes peligros señaladas ventajas. Mientras estaba en Iliria se propagó en Grecia la noticia de su muerte y, envalentonados con el suceso, los tebanos se habían rebelado y sitiado á los macedonios en la Kadmeia con el auxilio del partido anti-macedónico de Atenas. Pero los otros griegos dejaron aislados á los tebanos mientras que Alejandro con la rapidez del rayo entraba en Beocia; la ciudad fué sitiada y tomada por asalto; la poblacion pasada á cuchillo y todos sus edificios, con excepcion de la ciudadela, arrasados; los prisioneros fueron vendidos como esclavos y el territorio distribuido en lotes y rematado entre las ciudades vecinas, tocando la mejor parte á Platea y Orcomenos, aliadas de Alejandro, y antiguas é irreconciliables enemigas de Thébas. El espanto del mundo helénico fué inmenso al conocer el suceso; solo el pueblo ateniense rechazó virilmente la peticion del vencedor para que le fueran entregados sus enemigos, y el héroe tuvo el buen gusto de no castigar este noble acto de civismo. Alejandro volvió á Corinto, en donde tuvo la célebre entrevista con Diógenes, filósofo de la escuela cínica; recibió la sumision del congreso panhelénico y pudo entonces ya con la Grecia asegurada, pensar en la conquista del Asia.

Persia.—Muerto el valiente Kyros el joven, que hubiera podido quizá galvanizar por algun tiempo el cadáver del imperio, éste no tuvo otra vida que la que le permitían las profundas discordias de los griegos; pero despues de la retirada de los diez mil, era evidente que el dia que libremente ó por la fuerza los griegos estuvieran unidos, la conquista de la Persia era inevitable. Ya hemos visto como á la expedicion de Kyros sucedió la alianza entre Artajerjes y Atenas y los peligros que corrió la Persia, que se salvó gracias á que la guerra en Grecia obligó á Agesilas á abandonar sus proyectos. Esta alianza duró hasta el año de 387 ántes de J. C. en que se celebró la paz humillante de Antalkidas, de que hemos hablado ya. Esta paz permitió á los persas convertir al Egipto sus esfuerzos. Á pesar de la reconquista de este país en tiempo de Inaros, cuando murió Darios estalló una sublevacion general (404). Amyrteos II fué reconocido por la mayor parte del país y fundó la XXVIII^a dinastía, que duró lo que él, seis años. Le sucedió Naiwaurud (Neforites), que fundó la XXIX^a dinastía; esto pasaba cuando Agesilas preparaba la expedicion al Asia menor y el Faraon buscó el auxilio de Esparta; la flota egipcia fué batida y dispersada por Konon. Neforites concentró entónces sus fuerzas y esperó el ataque de los persas. Estos se hallaban ocupados en someter á los pueblos indígenas del Asia menor, (Mysios, Pisidios, Paflagonios, etc.), que estaban sublevados y aprovechándose de la coyuntura, Evágoras, tirano de Salámis en Kypros, aliándose con Atenas, con los karios y los egipcios, pudo apoderarse de Tyro y atacar la Kilikia y la Palestina. Pero despues de celebrada la paz de Antalkidas, Evágoras tuvo que capitular (380) aunque se le dejó su poder y su corona; por fin al cabo de algunos años de lucha con sus súbditos, el Gran Rey envió un inmenso ejército al Egipto. A Nefori-

tes había sucedido en 393, Hakori, que murió en 382; Psemuth y Neforites II habían reinado muy poco tiempo. Por fin un príncipe de Sebennytos Nakht-hor-heb (Nectanebo I) había fundado la XXX^a dinastía; confió el mando de sus tropas al bravo *condottiere* ateniense Cabrias, que se preparó á resistir vigorosamente á los persas; felizmente para éstos mientras que el Gran Rey atraía á su ejército al hábil Ifikrates, ateniense tambien, lograba que se ordenara á Cabrias abandonar al Egipto. Ifikrates obtuvo una victoria en el Delta, mas los persas no quisieron marchar sobre Menfis y despues de ser vencidos en Mendes, fueron expulsados del Egipto.

Los griegos se encargaron de consolar al Gran Rey de su desastre dándole el papel de árbitro de los destinos de la Grecia. En 367 Pelópidas obtuvo un rescripto del Gran Rey ordenando á los griegos permanecer en paz; en 366 Atenas obtuvo subsidios de los persas y esto pasaba mientras el imperio se desmoronaba en el interior. Los sátrapas se sublevaron desde la Fenicia hasta el Helesponto y sólo el oro y la traicion pudieron vencerlos; aprovechando la oportunidad, Takho, el sucesor de Nectanebo I, que tenía en su ejército al viejo Agesilas de Esparta, se arrojó sobre la Fenicia, pero fué muy torpe y habiendo Nekhtnebew rebelándose contra él; tuvo, obligado por Agesilas, que buscar un refugio entre los persas. Agesilas venció á los enemigos de Nekhtnebew y el Egipto disfrutó de un corto período de paz y de prosperidad. El Faraon restauró los antiguos monumentos en todo el valle del Nilo, y las obras escultóricas de su tiempo, se cuentan en el número de las obras maestras del arte saíta.

Al viejo Artajerjes que murió á los 84 años (362), lleno de pesar y de tristeza por el comportamiento de sus hijos, dos de los cuales habían tenido una muerte trágica, sucedió el peor de ellos, Okhos,

que empezó degollando á todos los príncipes y princesas de la familia real. Sus ejércitos marcharon al Egipto, en donde fueron vencidos por los generales de Nekhtnebew, Diofantos, ateniense y Lamios, espartano. A la noticia del desastre se sublevó la Fenicia: Okhos empleó cuatro años en someter á los rebeldes; Sidon fué incendiado, sus habitantes vendidos como esclavos y el resto del país subyugado; entónces volvió Okhos sobre el Egipto con 300,000 asiáticos y 14,000 mercenarios griegos; el Faraon huyó cobardemente á Ethiopia y el Egipto se sometió (345). Okhos murió en 340 ántes de J. C. envenenado por el eunuco Bagoas; su hijo Arses, pasó rapidamente por el poder y cedió su lugar á un miembro de la familia de los akhemenidas, Kodomannos, que se llamó Darios III en el trono á que ascendió el mismo dia de la coronacion de Alejandro de Macedonia.

Alejandro, dejando á Antipater establecido en Pela como virey, se dirigió al Helesponto y entró para siempre en el Asia, en las mismas playas en donde, segun la tradicion, los griegos habían abordado para sitiarse á Ilión. (Abril de 334 ántes de J. C.) Su ejército se componía de la infantería pesada y ligera y caballería de la Macedonia, de caballería de la Thesalia, que era la mejor de la Grecia, de hoplitas griegos y aliados peonios, ilirios, tracios, etc. En la flota figuraban los contingentes de las ciudades marítimas griegas y de las islas. El ejército ascendía á 30,000 infantes y 4,000 caballos. Sus principales oficiales eran Hefestion, Ptolemeos, Krateros, Perdikkas, Kassandro, hijo de Antipater, Kleitos, Parmenion, Nikanor, su hijo, Seleukos, Antigonos, Neoptolemos, Eumenes, etc., sólo este último era un griego del Quersoneso, los demas eran macedonios. El ejército persa reunido en la Frigia al mando del sátrapa Arsites, se componía de cerca de 20,000 mercenarios griegos, de un número igual de persas y

de una numerosísima caballería. Cometida ya la falta de haber dejado á Alejandro atrevesar impunemente el Helesponto, Arsites quiso librar una batalla campal, á pesar de los consejos de uno de los generales, el rodio Memnon, que había conducido con buen éxito la campaña contra Parmenion, ántes de la llegada de Alejandro, y que opinaba por evitar todo encuentro en tierra y emplear la numerosa escuadra persa en sublevar á la Grecia contra Alejandro. Pero el orgullo insensato de los persas proporcionó á Alejandro el brillante triunfo del paso del Granikos, pequeño rio que bajaba de la cordillera del Ida y en una de cuyas orillas acampaban los persas. En la batalla, Alejandro expuso su vida temerariamente, pero Kleitos lo salvó. La primera consecuencia de la victoria, ademas del desaliento causado en los persas, fué la rendicion de Sardes, la capital occidental del imperio. Luego Alejandro se apoderó de Efesos; en Miletos encontró alguna resistencia, pero la tomó á pesar de la proximidad de Memnon y de la flota persa que se retiró á Halikarnasos, en donde se defendió admirablemente el ateniense Efiates, hasta perder la vida; la ciudad fué tomada y la flota persa se retiró llevándose la guarnicion. Durante el invierno sujetó á la Lykia, la Panfylia y la Pisidia, atravesando sus montañas mas escarpadas y sus desfiladeros mas impracticables; despues penetró en la Frigia, de la que hizo sátrapa á Antigonos y terminó su campaña en Gordios sobre el Sangarios. En la ciudadela de Gordios se conservaba un carro que había pertenecido á los primitivos reyes rústicos de la Frigia y cuyo yugo estaba adherido al timon con una cuerda anudada tan hábilmente que nadie había podido deshacer el lazo. Alejandro al saber que el imperio del Asia estaba prometido al que desatara el nudo, lo cortó con la espada y todos aceptaron la solucion, hasta el cielo como lo manifestó con

sus truenos y sus rayos. Antes de recomenzar la campaña, Alejandro supo que Memnon cuyos consejos habían sido por fin oídos, con una inmensa escuadra había ocupado á Quíos y á Lésbos y se preparaba á sitiarse á Mitilena; pero, por fortuna del joven conquistador, el sabio almirante murió de enfermedad. Entonces Daríos se decidió á tomar la ofensiva y como el griego Karidemos le aconsejaba lo contrario, le hizo dar muerte; Alejandro se dirigió á la cordillera del Tauros, la salvó con gran dificultad aunque sin hallar resistencia y penetró en Tarsos, en donde, gracias á una imprudencia estuvo á punto de morir; pero una vez repuesto emprendió sus operaciones en la Kilikia y de allí pasando por las orillas del golfo de Issus se dirigió á Myriandros. Daríos que había enviado sus tesoros á Damaskos, se dirigió á la pendiente oriental del Amanos con un ejército inmenso y en medio de un lujo que recordaba el de Jerjes. Empeñado en librar una batalla campal, pasó la montaña y se apoderó de Issus que Alejandro había dejado á su retaguardia; éste volvió sobre sus pasos y la batalla tuvo lugar. La victoria fué rápida, debida sobre todo, á la pronta fuga de Daríos; el ejército persa fué dispersado y la familia del cobarde monarca hecha prisionera y tratada con gran dulzura por Alejandro. El efecto de terror causado en el Asia por la victoria de Issus, es indescribible; la Grecia ya no pensó más en rebelarse y mientras Daríos cruzaba el Éufrates, los macedonios capturaban en Damaskos un gigantesco botín. Entre los muchos griegos hechos prisioneros en Damaskos estaba Ifikrates, hijo del famoso general ateniense, que fué puesto en libertad lo mismo que sus compañeros.

Dueño de la Kele-Siria, Alejandro se dirigió á la Fenicia y Arados, Biblos y Sidon le abrieron sus puertas. Tyro le resistió; Alejandro para apoderarse de ella intentó construir un muelle enorme al

traves del estrecho que separaba la isla del continente, todo fué en vano; mas quiso su buena suerte que las escuadras kypriota y fenicia que estaban en Kypros, se le sometieran y perdiendo Tyro el mar, fué tomada por asalto y tratada con espantosa crueldad. También Gaza resistió al conquistador; tomada despues de un sitio de dos meses, sus habitantes fueron pasados á cuchillo y el vencedor hizo atar al eunuco negro Bátis, defensor de la plaza, á pesar de estar gravemente herido, á su carro por medio de unas argollas que le atravesaban los piés y nuevo Aquiles de aquel Hektor negro, lo arrastró en medio de los gritos y de los sarcasmos de su ejército hasta que el infortunado hubo muerto.

En seguida Alejandro entró en Egipto, visitó el oráculo de Ammon, que lo declaró hijo de Zeus y recibió en Ménfis á los tiranos de algunas islas del mar Egeo, capturados por la flota, que fueron entregados á sus súbditos para que dispusieran de ellos: la mayor parte fueron ejecutados. Con ojo perspicaz, señaló en el extremo de la rama canópica del Nilo, el lugar en donde debía levantarse una ciudad que llevaría su nombre, Alejandría; trazó sus calles principales y designó el lugar en que habrían de levantarse templos en honor de los dioses griegos y egipcios como si previese que allí había de estar el centro de la futura fusión religiosa del Oriente y del Occidente. Ya hecho un dios, y á punto de creerlo el mismo, el héroe volvió á la Fenicia, recibió los refuerzos que le enviaba Antipater, atravesó el Éufrates en Thapsako, subió á la Mesopotamia, vadeó el Tigris sin hallar resistencia y bajando el río tomando á su izquierda los montes Gordios, llegó á Arbeles, en donde con un numerosísimo ejército lo esperaba Daríos. En los dos años transcurridos desde la batalla de Issus, Daríos había pedido á Alejandro dos veces la paz, vergonzosamente; éste no se

la concedió y entonces el monarca persa reunió sin inteligencia ni energía una enorme masa de hombres. Alejandro preparó admirablemente la batalla, que hubiera sido encarnizadamente sostenida, sobre todo por los mercenarios griegos al servicio de Daríos, si éste al ver el mal éxito del ataque de sus carros guarnecidos de picas y sintiendo que Alejandro se acercaba á él, no hubiera emprendido la fuga dando la señal de la dispersión; esta fué completa é irreparable (Setiembre de 331 antes de J. C.). Alejandro marchó inmediatamente sobre Susa y Babilonia, en donde el ejército se apoderó de inmensos tesoros, y luego á Persépolis; allí halló muchos prisioneros griegos mutilados, á quienes colmó de presentes y ya por un espíritu de venganza, ya, según él mismo decía, para imponer el terror del poder helénico al mundo asiático, dejó que sus soldados incendiasen la ciudad y se hartaran de pillaje y de sangre. Cuando sus tropas hubieron reposado y Alejandro obrando como un rey persa hubo nombrado á los suyos sátrapas de las provincias conquistadas, abrió una nueva campaña.

Yendo en persecución de Daríos (330 antes de J. C.) entró en Ekbatana, en donde situó su centro de operaciones; de allí partió con una rapidez eléctrica, siguiendo las huellas del fugitivo, hasta las *puertas del Caspio*, en donde se dice que halló las estelas de victoria de Semíramis; en fin, despues de esfuerzos prodigiosos, no logró aprehender vivo á Daríos, sino que habiendo estallado una conspiración entre los compañeros de éste, Bessus, sátrapa de Baktriana, le dió muerte. Grande fué el enojo de Alejandro, al conocer el suceso; hizo honras regias á Daríos y reposó en Hekatompylos, en la Partia. Como si la muerte de Daríos hubiese determinado un cambio, preparado hacía tiempo, Alejandro empezó desde entonces á afectar todos los modales de un déspota oriental. Los soldados creían que la

conquista había acabado, pero no eran esos los designios de su caudillo; atravesó el Elburz, recibió la sumisión de los sátrapas de la Hyrkania y de los mercenarios griegos que habían acompañado á Daríos; despues, marchando hacia el E. penetró en Asia y en Draugiana. (Herat y Seistan modernos). Entonces, (Octubre de 330), tuvo lugar la tragedia de que fueron víctimas Filotas, que se decía que había conspirado contra Alejandro, y su padre Parmenion, que murió asesinado en Ekbatana por orden del rey. Este, dice Grote, fué un acto de rencor personal que mostraba que Alejandro era hijo de la feroz Olympias. En el invierno de 330 á 329 fueron sometidas la Gedrosia, el Aracosia, las Paropamisadas, (Afghanistan y parte del Kabul actual), no sin crueles privaciones. Luego atravesó el Hindokoh, conquistó la Baktriana y capturó á Bessus á quien despues hizo dar muerte; en la Sogdiana hizo matar sin piedad á los habitantes de una colonia griega, poblada por los descendientes de los Branquides que entregaron á Jerjes los tesoros del templo que guardaban, cerca de Miletos, en tiempo de las guerras médicas; llegó á orillas del Iaxartes en donde hizo levantar una Alejandría, como en Egipto y en el Caspio. En Marakanda, capital de la Sogdiana, tuvo lugar el famoso banquete en que Alejandro cegado por el furor y por el vino, dió muerte á Kleitos, á quien debía la vida. En seguida se arrepintió de este crimen.

En una de las fortalezas inespugnables de que se apoderó en aquella fatigosa campaña, en la *roca sogdiana* conoció Alejandro á Roxana, con quien se casó despues en Baktra (327 antes de J. C.). Con motivo de ciertas fiestas y habiendo subido de punto la locura divina de Alejandro, algunos viles sofistas y amigos íntimos del monarca, como Hefestion, propusieron á los griegos y macedonios un acto de adoración hacia Alejandro. Kalistenes de

Olynthos, historiador y filósofo, que por mandato de su tío Aristóteles seguía á Alejandro, se opuso y llegado el caso, se negó á prosternarse ante el héroe. Kalisthenes, injustamente comprendido entre los promotores de una conspiración de pajes contra la vida de Alejandro, fué atormentado y ahorcado. A seguida continuó el rey sus campañas; cerca del Kabul, recibió la sumisión y los presentes del príncipe indio, Taxilos; luego emprendió la sumisión de los pueblos que habitaban las pendientes meridionales del Indo-Koh y por fin en la primavera de 326 ántes de J. C. atravesó el Indus, cerca probablemente de Attok, y avanzó hasta el Hidaspes (Selum) que atravesó burlando la vigilancia del príncipe indio Porus, á quien venció y trató generosamente. Alejandro celebró su victoria con sacrificios y con la erección de dos ciudades, Nikea y Bukefalia, llamada así en honor de su caballo que allí murió (326). Sometiendo las tribus que hallaba á su paso, atravesó el Akesines (Quenab) y marchando por todo el Punjab, tomó á Sangala, y llegó al río Hipasis, el más oriental de aquella región. Dió sus ordenes para pasar porque quería llegar al Ganges, pero sus soldados se resistieron, diciendo que ni Dionisos, ni Heraklés habían ido más lejos. Alejandro creía que había llegado á países misteriosos, en donde había cosas nunca vistas y contaba con hallar las fuentes del Nilo y volver al Mediterráneo por el Egipto. Pero todo se conjuró contra él; la estación, sus soldados y hasta los augures. Volvió al Hydaspes, en donde recibió grandes refuerzos de Europa, descendió el río, entró en el Indos y batallando siempre en sus orillas, exponiendo su vida con un ardor temerario, herido gravemente alguna vez, llegó al océano Indico en donde la vista del flujo y del reflujo causó á todos grande admiración. Luego regresó por tierra con el ejército, mientras Nearkos y la flota iban de la boca del

Indo á las del Enfrates; en la primavera de 324 llegó á Susa. Comenzó la organización del imperio con su carácter de heredero de la corona persa; castigó á varios sátrapas y reprimió los conatos de rebelión de los macedonios disgustados por que hizo casar á 10,000 de ellos con otras tantas persas, y porque había ordenado reclutar soldados asiáticos. Luego meditando nuevas conquistas y después de celebrar con la exterminación de los koseos, los funerales de Hefestion, volvió á Babilonia. Allí comenzó grandes preparativos para la circunnavegación y la conquista de la Arabia; con este motivo visitaba frecuentemente la flota. Probablemente en los pantanos que bordean las orillas del río, fué invadido por los efectos de un miasma palúdico, que obrando sobre su naturaleza, gastada por las orgías y los trabajos, la venció. En medio del dolor inmenso de sus compañeros y del estupor del mundo oriental, Alejandro murió en Junio de 323 ántes de J. C.

DESDE LA MUERTE DE ALEJANDRO, (323 ántes de J. C.), HASTA LA BATALLA DE SELASIA (221 ántes de J. C.)—La civilización griega era originaria del Asia, pero cuando se pronunció una diferenciación creciente entre ambas culturas, su contacto fué doloroso y sangriento, como lo indica la historia de las luchas que tuvieron lugar desde el primer Darios hasta Alejandro. Con éste se determina una reacción preponderante de la Grecia sobre el Oriente, hecho capital para el progreso humano, no sólo porque tuvo por resultado la iniciación de una inmensa fracción del mundo antiguo en una civilización superior, sino porque realizando en parte la unidad de la Grecia y del Oriente y penetrándolos, preparó el camino á la unificación del imperio romano, el hecho más importante quizá de la historia de la humanidad.—¿Hasta qué punto tuvo Alejandro conciencia de su misión? La cuestión es, si no ociosa, sí poco á propósito para

un compendio en que es necesario llegar, en lo posible, á resultados precisos. Los antiguos y los modernos, sobre todo, se han dividido en dos campos respecto de Alejandro, unos lo detestan como un loco y recuerdan sus actos de crueldad en Tébas, en Tiro, en Gaza, en Persépolis, con los branquides, con las infelices poblaciones en que celebró *los funerales de Efestion*; su idea de divinizarse y sus crímenes de que fueron víctimas Parmenion, Kleitos, Kalistenes y otros. De esta opinión son, entre varios, Séneca y Bunsen; Plutarco, Montaigne, Montesquieu, Hegel, que considera á Alejandro como el tipo ideal de la humanidad en su período de juventud, son sus más notables defensores. La escuela histórica moderna que profesa la doctrina de que *los grandes hombres*, son resultados de series convergentes de antecedentes complejos, ve en Alejandro un grande hombre; mas su obra de reunir á la Grecia en un grupo compacto que le estuviera sometido, la encuentra preparada por el agotamiento de la Grecia en sus luchas civiles y por las emigraciones partidas de su seno, por las cualidades guerreras de los macedonios y por los triunfos de Filippo; la sumisión del Oriente la halla también llevada á su madurez por la incapacidad ó, mejor dicho, la imposibilidad en que se hallaban los monarcas persas de llegar á la unificación orgánica de aquella enorme masa heterogénea de pueblos y por su debilitación creciente probada por muchos acontecimientos desde la famosa *retirada de los 10,000*. Respecto de las crueldades de Alejandro, justo es decir, que estaban al nivel preciso del derecho de la guerra en su tiempo, mientras que algunos de sus actos generosos colocan al discípulo de Aristóteles sobre ese nivel. Apenas tuvo tiempo de esbozar la helenización del mundo oriental, pero por los matrimonios que obligó á algunos millares de macedonios á contraer con las persas, por las colonias que fundó, por los

niños persas, que hizo educar á la griega, y por cierto espíritu que parecía revelar en él un crepúsculo de la conciencia del progreso y de la unidad humanas, preparó admirablemente la obra que después llevaron á buen término sus sucesores.

Mientras Alejandro batalló en Asia, la Grecia dió pocas señales de vida. En Atenas, Fokion y Demades, dirigían el gobierno, pero Demóstenes y los anti-macedónicos gozaban de las más altas consideraciones. En Esparta, el rey Agis se propuso aprovecharse de la situación de Alejandro para promover una guerra de independencia (330); más Antípater lo venció cerca de Megalópolis y en la batalla sucumbió el héroe, después de una bravísima defensa de los espartanos. La Grecia enmudeció por completo; sólo resonaban en la tribuna de Atenas los discursos inmortales de Demóstenes y de Esquines, en la acusación que éste hizo contra Ktesifon, por haber hecho decretar, ántes de Queronea, una corona á Demóstenes. Esquines fué vencido en el debate y condenado á pagar una multa; lleno de despecho se desterró para siempre de Atenas y fué á fundar una escuela de retórica en Rodas. Poco después, el sátrapa de Babilonia y de Siria, Harpalos, huyendo de la ira de Alejandro se refugió en Atenas, pero fué aprehendido y secuestrados sus bienes, aunque no entregado á Antípater. Los enemigos de Demóstenes le acusaron de haberse apropiado parte del tesoro del sátrapa, y el ilustre orador fué condenado y abandonó también á Atenas.

Á la muerte de Alejandro los generales de la infantería y de la caballería de su ejército formaron dos bandos distintos para disputarse el poder; por fin se llegó á una combinación en virtud de la que Filippo Arídeos, un hermano de Alejandro, casi un idiota, fué reconocido como rey. Perdikkas fué nombrado su tutor y su primer ministro; Ptolemeos, fué nombra-